

## SAN ANTONIO DE THENA

Al toque del alba que entre cuatro y cinco de la madrugada resuena desde la espadaña de la capilla y se extiende por la meseta y vibra en las oquedades de la montaña<sup>1</sup>, empiezan las labores en esta hacienda meladora que ya no se mueve en manos del jesuita hermano coadjutor Thomás de Silva, como hace dos años, sino que desde hoy empezará a administrarla don Joseph Antonio Suescún, designado para el efecto por el Virrey<sup>2</sup>.

---

<sup>1</sup> La reconstrucción de este relato se fundamenta en documentos del Archivo Histórico de Colombia, *Tierras de Cundinamarca*, t. VII, folios 703 a 766, que se componen de inventarios, razón de las herramientas entregadas a los esclavos, certificación de mieles remitidas a Santa Fe; cuenta de gastos por remisión de mieles; ramo de *raziones* para los esclavos; cuaderno de gastos de Iglesia y de la hacienda; recibos, otros y un balance consolidado. Finalmente una *Instrucción del método de gobierno*. A este último documento se refiere HERMES TOVAR PINZÓN en *Grandes empresas agrícolas y ganaderas*, Bogotá, Cooperativa de Profesores de la Universidad Nacional, 1980, pág. 52. También se ha tenido en cuenta el inventario de entrega que hizo el hermano Thomás de Silva al Juez Comisionario, existente en el Archivo Histórico de Colombia, *Tierras de Cundinamarca*, t. XX, folios 365 a 398 v.

La hacienda de San Antonio de Thena y otras ubicadas en las vertientes hacia el Valle del Magdalena abastecían al Colegio Máximo de Santa Fe con productos agropecuarios o con el dinero de la comercialización. San Antonio de Thena cubría también los fundos de San Pedro y Santo Tomás. Las otras haciendas eran las tierras pingües del Hato y la Joya; el Espinal en jurisdicción de Tocaima, y San Agustín de Mátima en Anolaima. De seguro son todas estas propiedades a las que se refiere don BASILIO VICENTE DE OVIEDO, cuando al hablar de la parroquia de Guayabal de la Mesa dice que "está circundada de cuantiosas haciendas y trapiches de los Reverendos Padres de la Compañía de Jesús y de muchas personas particulares". Cf. *Cualidades y riquezas del Nuevo Reino de Granada*, Bogotá, Imprenta Nacional, 1930, pág. 253.

<sup>2</sup> Don Ramón Aguiar la había recibido el 9 de mayo de 1768 de don Joseph Matheo Sánchez Barriga y éste de don Roque Mendiburu, a quien a su vez la había transferido el Juez Comisionario, quien a su turno la había recabado del hermano Thomás de Silva, según antes se mencionó.

Es el 24 de marzo de 1769. El sol calienta los cañaverales. Se acaba de hacer minuciosa entrega mediante inventario de todos los bienes — entre ellos, los esclavos — al señor Suescún, por parte de su antecesor don Ramón Aguiar.

Está concluyendo la molienda del verano que empezó en noviembre y que todavía se prolonga. Las dos campanas, mayor y menor, son el gran reloj para los varios quehaceres. Al toque del alba todos los habitantes de la hacienda se levantan al trabajo, y al toque de ánimas todos se recogen al descanso. Estos toques y los de oración — uno al mediodía y otro al anochecer — componen los campanazos mayores; pero hay otros repiques también importantes en esta vida campestre y son aquellos que pautan las faenas rutinarias, y esos trotones del domingo y fiestas, y los pausados de difuntos, y los arrebatados que convocan a apagar el fuego y los angustiosos de rogativas. La campana es rápida mensajera alada en estas distancias.

La hacienda tiene una Casa Grande construida en piedra, con tejadura de barro, corredor empilastrado con barandal y piso en ladrillo. Desde ese lugar gobierna el Administrador. En su oficina lleva los cuadernos de razón y cuenta y vigila los movimientos de los laboríos que también inspecciona recorriéndolos a caballo. Al lado está la capilla, construida en piedra, asistida por un capellán, fray Luis de Acuña. Él lleva los libros de bautismos, defunciones y matrimonios. Los jesuitas se preocuparon mucho por enriquecer el culto erigiendo un altar principal con retablo en oro y *mermellón*, labrando altares laterales e imágenes, dotando la liturgia con custodia, patena y cáliz de plata, además de ornamentos en distintos colores para las diversas celebraciones del santoral.

Al caer la noche, en el corredor de la Casa Grande, fray Acuña enseña la Doctrina Christiana a los muchachos hasta las siete, y enseguida en la capilla reza el Santísimo Rosario con los adultos, hombres y mujeres. Al salir de esta ceremonia, Juan Bautista, el capitán, señala a cada uno de los esclavos la tarea que han de cumplir al día siguiente. Todos salen hacia sus ranchos y disponen de tiempo hasta cuando retiene el lento toque de ánimas, tañido rezadero

que pasa por sobre las cruces del cementerio cercano y se pierde en los caminos y redaños. Se hace el silencio. De vez en cuando un perro ladra o un mochuelo gurgurea entre las sombras.

Todos los esclavos habitan en su rancherío con excepción de los que viven por los cuidados de siembras. Casi todos son casados. Domingo Thomás con María Rosa, Joseph Baltazar con Paulina de Jesús, Marzelo con Petrona, Remigio con María Theresa y así hasta completar 26 parejas. Están solteras Rosa, Francisca, Juliana, María Rosalía, Simphorosa, Manuela, Phelipita, María de los Dolores, Victorina, María Ignacia, María Francisca y la mulata Juana Antonia; solteros, Juan Bautista, Enero de Jesús, Joseph Méndez, Bonifacio, Lucas, Mariano, Domingo, y Juan el Bobo. El capitán Juan Bautista es también soltero.

Naturalmente los casorios no se hacen esperar en esta atmósfera de atracción sexual. Hay un viudo y dos viudas. Todos integran la fuerza de trabajo, 75 en total, quienes tienen repartidas herramientas, hachas, machetes y azadones. Los adolescentes prestan su concurso en las faenas. No existe diferencia de sexos para el trabajo en general. Hay además infantes y muchachos. En el último año han nacido ocho, María Isabel y Lorenza, Juan Manuel y Juan que sobreviven, y cuatro que han muerto, así como dos adultos, ambos mayores de cincuenta años. Es alta pues la tasa de crecimiento poblacional y de reproducción de la energía laboral. No todos son negros, pues los hay algunos *loros* y otros mulatos<sup>3</sup>.

Un vallado de piedra rodea el espacio presidido por la Casa Grande. Allí humea el tejar; acá por detrás de la cocina se ubica el granero que ahora está abarrotado de mazorcas sin desgranar; allá bulle la herrería con su fragua, en cuyo yunque Theodoro Callejas martilla utensilios de hierro y acero, o calza y recalza otros; y tras allá se hallan

<sup>3</sup> Por documento adicional, han de añadirse Miguel, Eugenio, Margarita, Francisca y Estephanía con su hijo de pechos, que son de Villavieja, a más de Phelipá, venida de la Chamicera, haciendas adscritas a las Temporalidades, por haber pasado de los jesuitas a la Real Hacienda. Cf. *Tierras de Cundinamarca*, t. VIII, folio 717.

el lavadero y el corral de las mulas; y acullá la enfermería. Más lejos las cercas son de madera y separan el platanar y el maizal que está a punto de cogienda, donde crecen, entre otras, dos variedades, la *yucatán* y la *tibame*. Después se dilatan los cañaduzales y los potreros de gramalote. Todo el territorio se comunica internamente mediante senderos y puertas de golpe.

El patio frontero a la Casa Grande se mantiene muy bien cuidado. Todos los días la primera faena llamada *fagina* o *ñapa*, que se realiza antes de que salgan las cuadrillas con sus caporales a los campos, consiste en desyerbar el patio y asimismo recoger el agua para los oficios de adentro, la que baja desde el monte por una canoilla de madera; y apiñar la leña en arrumes macizos junto a la ramada de piedra y teja del ingenio central.

Un torrente de agua mueve este ingenio que tiene seis ruedas y masas en su armazón<sup>4</sup>. En las hornillas se asientan cinco fondos enfalcados en ladrillo. Hay allí otro trapiche común trahillado por bestias. Además hay otros dos subsidiarios en la periferia de la hacienda, en las estancias de Santo Tomás y de San Pedro, donde se cosechan suertes de cañas para beneficiar en esos molinos. Así se ahorra transporte y se aprovecha bien la estación caliente, propicia a la madurez de los tallos. Las masas mayales de los trapiches tienen los engranajes de cobre.

El ingenio de seis ruedas y masas ha mejorado notablemente la extracción. Las masas de todos los molinos se desgastan con rapidez por la fricción de las cañas y de continuo se las debe cambiar; por ello el carpintero tiene que mantener repuestos listos. Acaba de terminar de labrar cinco

---

<sup>4</sup> "Primeramente se pone por imventario la ramada del yngenio de agua, que es de piedra y teja, y en ella dicho yngenio con seis ruedas, masas, armazón, y canal de madera y pozuelo de piedra." Cf. *Tierras de Cundinamarca*, t. XX, folios 383 y 384. Es una mención al desgaire dentro de una diligencia de inventario. Es por ello más preciosa su autenticidad. Faltan detalles, sí, pero aun sin ellos se puede colegir que las masas estaban colocadas horizontalmente, que cada masa mayal de bronce se engranaba a sus dos compañeras y, a su vez, a la rueda principal que rotaba al golpe del agua. Era en definitiva un trapiche con dos molinos de tres masas. Posiblemente se practicase entre molino y molino la *imbibición*.

trapiches o masas. Como hay otros tres trapiches cuyos balancines del mayal se accionan con bestias, el herrero debe proveer para que los tiros y otros aliños no falten, y que haya herraduras y clavos para las 272 mulas trapicheras, entre ellas la *Guacharaca* y la *Parda Mursilla*, y para los caballos de los caporales.

La hacienda es también un obraje: el sastre Manuel Callexas cose ropa de lienzo para los esclavos a quienes también se provee de mantas listadas, y sombreros para guarecerse del sol y lloviznas. Un enjalmero se preocupa por rezurcir con fique las enjalmas deterioradas y cuidar los lazos de aguantillo y los rejos de sobrecarga.

En la hacienda sólo se cocinan mieles. Como el verano apura y hay que aprovecharlo, se cuecen cuatro pozuelos de día y a veces dos de noche en cada trapiche. Al terminar las moliendas se asean pailas y molinos. Se lavan bien las mulas sacándoles los pegotes de sudor, al fin de su jornada, y se echan al corral para que se alimenten con cogollos de caña y sal en los salares y agua en las bateas. Sus aperos deben estar en buena condición para que no se les maltraten los espinazos.

Mucho se inspeccionan los criaderos de leña, como el de Santo Thomás, y se tienen trozas prestas para bajarlas cerca a los hornos a fin de que no falte candela. Los muleros hacen su faena encabalgados sobre buenas monturas con estriberas de cobre o fierro.

En la hacienda no hay hatos, aunque antes hubo un hatillo con vacas lecheras y novillos de matanza. Ahora de las *sacas* que se suben de Villavieja y Doyma con destino a Santa Fe, se dejan reses para matar cada semana, cuando se reparten a cada familia las raciones de tasajo, sal y demás menestras<sup>6</sup>. Del pesaje se aprovecha el sebo para hacer velas, aunque también las hay de cera; y los cueros para zurcir zurriones, torcer rejos y cortar alpargatas para la peonada. De precaverse los pies se evitan chuzones, rasguños y picaduras. Los esclavos deben estar bien alimentados y muy

---

<sup>6</sup> *Tierras de Cundinamarca*, t. VII, folios 754 a 755 v.

sanos. Son la más cuantiosa inversión de todo el entable melador y la gran fuerza productiva.

El azúcar para usos especiales se compra en otros ingenios de la región y también el aguardiente que es muy medicinal para los enfermos, aunque en San Pedro hubo alambique. En el estante de la enfermería se alinean lunetas con aceites diversos; en tarros vidriados hay trementina y cebadilla y cañutos con ungüentos; también ruibarbo y vomitorios; alcaparrosa, anís y especias.

En el territorio, o parroquia, se vende la miel por cargas, así como por totumas y botijas, cuyo dinero recaudado sirve para cubrir gastos de la hacienda<sup>6</sup>. Asimismo se envían botijas a los rodeos de Tibacuyes, fundo que también perteneció a los jesuitas, antes de su extrañamiento.

La mayor parte de la miel producida se remite a Santa Fe, en zurrone, a lomo de mulas<sup>7</sup>. Son partidas de doce cargas, cada carga con dos zurrone, o sea que en cada partida van 24 zurrone. En este verano se han remesado 48 recuas, lo que da un envío total de 1.152 zurrone. Cuatro arrieros mestizos arriman los cargamentos hasta el sitio de Sanguino y allí los recoge el mayordomo de arrias, Joaquín Canezo, quien los conduce a Santa Fe y los consigna a Juan Díaz de Herrera o a Joseph de Cañas, expendedores de mieles. El producido se entrega a don Santiago Rebollar.

Normalmente una partida de 24 zurrone rinde de 380 a 400 totumas. La totuma se vende entre 1,5 y 2 reales. El pasado 22 de diciembre produjeron los 24 zurrone 56 pesos, 2 reales. En ese mes se vendieron cuatro partidas<sup>8</sup>. Teniendo como base ese precio de 56 pesos por recua, la producción de la temporada alcanzó aproximadamente a rendir 2.688 pesos.

En la hacienda se celebran con mucha solemnidad y *jolgorio* una fiesta en alabanza de Nuestra Señora y otra en honor de San Roque, las que oficia el cura de la parroquia de Tena, a quien se da un estipendio de 50 pesos por año.

<sup>6</sup> *Idem*, t. VII, folios 746 a 748.

<sup>7</sup> *Idem*, t. VII, folio 750 a. y v.

<sup>8</sup> *Idem*, t. VII, folios 729 a 736.

Para la festividad de San Roque el polvorero Gregorio Benítez confeccionó dieciocho ruedas de fuegos artificiales y ocho docenas de voladores.

La hacienda tiene arrendatarios. Con ellos se guardan buenas relaciones, pero distantes. Se les lleva un libro. No se les permite que metan mulas en los potreros, ni que tengan puercos, a no ser en chiqueros.

Así, pues, discurre la vida de trabajo en esta Hacienda de San Antonio de Thena, ubicada en la Parroquia de Guayabal y en el Partido de Panches, con una monotonía que sólo se interrumpe en domingos, en otros días festivos religiosos, y particularmente en Navidad y Semana Santa.

Pronto empezará a llover. Se seguirá moliendo sin tanta intensidad como ahora, pero las labores se concentrarán en recolectar el maíz, reparar ramadas, alinear acequias y relimpiar los cañales o resembrarlos si se ha hecho necesario descepar socas envejecidas.

La huerta también necesita atención. Allí se cultivan chirimoyas de una especie muy fina traída desde Popayán, plantada por el Padre José Pagés<sup>9</sup>. La tierra es muy buena para frutales<sup>10</sup>.

La gran innovación aquí en San Antonio de Thena es el molino de seis ruedas y masas movido por una rueda de agua<sup>11</sup>.

ÓSCAR GERARDO RAMOS.

Cali.

<sup>9</sup> Así lo comenta MUTIS en su *Diario de observaciones (1760-1790)*, 2 to., t. I, Bogotá, Instituto de Cultura Hispánica, Editorial Linotipia Bolívar, 1983, pág. 104. El Padre Pagés llegó al Nuevo Reino en 1743 y ocupó puestos de importancia. Fue misionero en el Orinoco y profesor en la Universidad Javeriana. Era amigo del Virrey Messía de la Zerda, en cuya mesa aconteció el comentario que hace Mutis. Sobre Pagés hay bastantes noticias en J. M. PACHECO, *Los jesuitas en Colombia*, Universidad Javeriana, 1989, especialmente en t. III, pág. 440.

<sup>10</sup> Véase la nota 4.

<sup>11</sup> Con la expulsión de los jesuitas la hacienda pasó a los bienes de temporalidades, posteriormente la compró don Gregorio Alguacil, "de quien fue hasta 1819, en que perdida la causa de España por la Batalla de Boyacá, emigró, quedando su propiedad a favor de la República. Esta la dio al señor General Briceño Mendes en pago de sus haberes militares". ANTONIO DE NARVÁEZ G., *La Mesa y Tena*, en *Papel Periódico Ilustrado*, año III, t. III, pág. 211.